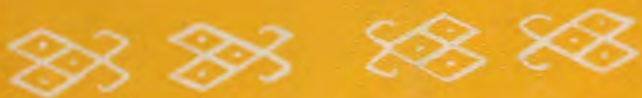


matilde mármol



HUMANA DIMENSION



JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

LIMA - 1956



H. Pozzuoli
Bs. Aires
Oct 1958

matilde m ármol

HUMANA DIMENSION

JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

LIMA - 1956

DE LA AUTORA

Obras publicadas:

CONFIN DE SUEÑOS, Poemas.

Editorial Florete, Isla de Puerto
Rico. 1948.

HUMANA DIMENSION, Poemas.

Editores J. Mejía Baca y P. L.
Villanueva, Lima - Perú. 1956.

Obras inéditas:

SOLO UN MINUTO DE ASTROS,
Poemas. (1950 - 52).

UNA CARTA A CESAR VALLEJO,
Poesía. (1956).

A mis padres, dedico.

mm.

*Salud a aquel que camina seguro a mis
costados...*

RENE CHAR.

Para Luis Alberto Sanjurjo,
con la profunda admiración
de la autora.

Enrico Marini
Singer, junio 60.

HUMANA DIMENSION

(1956)

después será el viento

Vengo a decir que a ratos me dejo
envejecer de pena o de algo
tan inapelable
como el tiempo trepando hacia la muerte.

Y es que no tengo otra manera
de morir
sino ésta con que a diario
amanezco, con que a diario
me pongo la muerte y dispongo
ordenadamente el día
para seguir muriendo.

Alguna vez soñé que fuera cierto
eso de estar parado en medio
de la vida
y oír la muerte cavando
en el trasfondo...
Después será el viento —dije—
el fuego y la sangre mineral.

Mas el hombre se precave
y, por si acaso, toma la vida
y en ella se arrebuja, circula,
regatea frente al calendario,
habla, procrea.
Pero a la hora del hueso,
a la hora de la viscera esperando,
se desnuda y se acuesta
con la muerte.
Después será el viento, el fuego,
y la sangre mineral —digo—
...Y me quedo frente al terror
mirando cómo la muerte
iza sus señales.

los solidarios

De pronto todas las palabras
me sobran.

De pronto la angustia de un pueblo
me llena de sal la boca,
y un jardín que florece
¡qué me importa!

Hoy me importa estar viva
nó el viento que sacude mis trapos.
Me importa el niño
y su saliva,
los huesos de mi madre
y la gente
que nunca respiró junto a mí.

Hoy digo aire, lirio, corazón,
y las palabras me pesan
y no las digiere mi alma.

Mas cae un hombre
en medio de la vida
y no puedo quitarme este pensamiento
de las manos,
y no hay manera de evadirse,
y no sabe uno qué hacer consigo mismo.

testimonio

"Jamás, hombres humanos, hubo tanto
dolor en el pecho..."

C. Vallejo.

Yo atestiguo cuando la noche
me sobrecoge
que hay un dolor más allá
del que sale a las esquinas,
del que se tiende a secar
como un pañuelo, o aquel otro
que camina, desayuna,
se empolva en los estantes o sube
al colectivo.

Hay un dolor más cansado donde
el hombre retoma sus sudores,
un dolor más allá de las cabezas
que mueren en pie o de rodillas.
¡Hay un dolor sin alusiones!

Digo que la lluvia tenaz y el niño
muerto de metralla
tienen un nombre en mi frente,
pero hay un dolor más allá
de donde os hablo,
más allá de los huesos
y la cólera esparcidos.

A lo largo y a lo ancho
hay dolor en los postigos, dolor en la sangre
amordazada,
dolor en las letrinas, en los pañuelos
de las novias,
en el dolor con que os escribo,
en las terrazas,
en el pan oprimido y ardiente.

Pero hay un dolor —éste que digo—
más allá de las madres que ya
no tienen cómo llorar,
más allá de los aplausos,
de los trenes,
un dolor que no cabe en la
intención del dolor,
un dolor original,
sin copia.

Indubitable, integrante y prenatal,
congénito, incluido, realmente nuestro,
connatural, hereditario e inmanente:
el dolor de haber nacido
y comprenderlo...

deliberadamente

Deliberadamente asumo mi cuerpo,
me bautizo mortal,
verifico mis vértebras, mi sangre,
mi condición humana indeclinable.

Calzo esta frente y la frente
del que siendo hermano es más
mi prójimo inclusive.

Instálome en total, en colectivo,
hombro con hombro
solidariamente.

Ratifico mi modo ahora,
las costillas que opongo al viento,
las manos con que lloro,
la cal en que me integro,
mi destino también y mi fatiga.

como si tal cosa

Vas. Vienes. Caminas.

Te sientas en una silla exacta.

Echas los ojos por la ventana

a un charco,

un perro te los sorbe y se marcha

grillándose al muro.

¡Francamente!

Afuera todo ocurre como si

nada, como si no te estuviera

haciendo hasta la sombra.

Todo afuera está en orden,

la gente pasa, saluda,

en fin, se comporta

con toda exactitud:

—Buenos días, señora, cómo van
por su casa.

—Buenos días, bien gracias.

Pasa la gente impávida,

como si nada. La gente...

Es dentro donde todos se están

muriendo a sorbos,

donde tú te aniquilas,

donde caes y te quedas

caída,

donde gritas para que no

te desgarre tanta cosa inútil,

donde tomas el lápiz y

escribes todo esto

y tú misma te asombras de ser

tan solitaria, de ser

un leño que arde,

un ser humano apenas,
aquí donde te hundes
como si tal cosa.

Afuera todo en orden:

—Buenos días, Matilde, cómo estás.

—Buenos días. Bien... gracias.

quisiera hoy

Quisiera hoy recorrer las calles
de la ciudad
con mi amor a cuestas,
antiguarme con nieve la frente,
inaugurar hasta su origen
la esperanza
y echarla en aluvión,
vulgar panes y estrellas.

Quisiera hoy que cuanto habita
en las miradas pudiera ser
un bien innumerable.
Iría hasta el final
inventando corderos para mi hermano,
profundidad para las cosas sórdidas,
fusiles inocentes para el niño,
rosas de harina y lámparas.

Por la calle iría
con herramientas dóciles
y puñales sumisos
a proteger las puertas
de la aurora,
a esparcir su crecimiento ineludible.

A cada uno pondría un girasol
entre las manos,
le abordaría el corazón,
extendería un talonario de rocío
para todos,
una golondrina para todos.

Quisiera, en suma, sentirme
completamente inocente como el mar.

introspección

Cuando desciendo hasta mí
las manos se me llenan de espanto...

Porque en mi cuarto, junto a mi mesa
que a veces es un barco
y navega,
cae la lluvia, cae el tiempo,
el hombre cae,
cae la pesadumbre y gimo.
El mar amanece a mis pies mordiendo
mi castidad.
Sólo el mar me deslumbra,
sólo el mar permanece
agitándose...
El cuarto y mi mesa
—tributarios del mar—
crujen cuando la noche
me devora las sienes.

Y siempre amanezco desierta;
me acuerdo de mi vestido
aquel, el de lunares,
de mi padre que hacía versos clavado
a su esqueleto,
de mi madre, hermosa ella y descalza
frente al tiempo;
e igualmente
que vengo de un país salobre
donde el clamor es un guijarro
de cólera.
A veces también recuerdo que he nacido
y me pongo a llorar...

Y por no perder la rutina
de mis días
recuento cenizas, ordeno mis huesos,
me llego hasta la infancia
porque, como todos, necesito ternura.
También sucede a ratos que me olvido,
es decir, pierdo la costumbre de mi frente
y tengo que salir a preguntar mis señas,
mis raíces, la ficha primera de mi sangre,
o el nombre casual que me da el viento.
Esto, a ratos —como digo—
porque generalmente cuando desciendo
hasta mí, las manos se me llenan de espanto,
...y escapo sobrenadando como un pez.

al filo

sin darme cuenta
voy quedando al filo de acabarme,
al filo del final y de
mi número trece.
Llena la boca de desahucios
fuérame bien morir.

Quedo al final
y al filo también de estar sin qué
ponerme entre las manos,
sin qué decir cuando
comparezco ante mí misma,
o cuando persigo mi sombra
en los rincones, o a la postre,
cuando me agacho a recoger
un poco de sol caído
que, desde luego, es ajeno
(y lo comprendo).

Quisiera dignamente
poder decir al que pasa
que aquí está todo final
y al filo ya de no ser más;
yo, la primera,
y luego, el pan, los libros,
mi cuaderno y la sangre que ya
no quiere sostenerse.

Y nó por decirlo, que con callarme
tengo,
y sin embargo lo repito,
me lo cuento a mí misma,
e igual quedo de mal,
de quebranto igual,
igual de manos, de cuaderno, de todo,
de nada.

allá la hierba de la infancia

Allá la hierba de la infancia
el cántaro primero en que bebimos
la conducta del aire.

Pero ahora de lejos
esta frente te recuerda,
dice que sobre el mantel amanece
tu nombre
y comparte mi pan cotidiano,
como otras veces, como cuando en casa
aprendíamos a ser fraternales,
aunque luego siempre nos llevásemos
perfectamente mal.

Amada hermana, ahora aquí también
quitándome la noche para que
te recuerde,
dejándome insomne a cavilar
en tu sonrisa para siempre.

sin remedio

Hoy me amaneces bien
fulano anónimo,
buitre de mi costado.
Me estás ardiendo al corazón
y ardiéndome a las manos.

Yo bien quisiera disfrutar,
ponerme una bandera,
estrenar esta cabeza que me ha hecho
un peluquero de la Diagonal,
irme a cambiar sinceramente
de piel
y ventilarme la sensación de amarte.

Pero hoy me ardes,
me das al blanco, en el clavo,
me creces ostensible por los hombros,
me pones a sufrir,
me encabestras el alma.

Y ya sin más, sin remedio,
sin cómo hacer,
te beso en la amistad.

diariamente

Despierto. Restablezco
mi vida y mis trajes
y vuelvo a estar así
como si fuera
una piel alrededor de algo.

Y me encuentro y me pierdo
sin remedio
como el que por la noche
desanda su sombra.

todo en la morada del amor

Todo en la morada del amor
es una epopeya diaria.

Cuando las ciudades
se despojan de su vestido
de humo,
les amanece por los dedos
un rubor solitario,
cróceles en fragmentos
un lirio imprevisible,
un aluvión de comarcas
surge y se desborda
en acarreos ardientes.

Entonces sabemos
que se ha abierto un corazón
inesperado,
entonces el umbral del día
puede ser nuestro
aunque un grumo de dolor
nos caiga a la garganta.

pudiera suceder

¿saliera a preguntar
en medio de la vida
por el hombre feliz y su juguete,

puesto que ser feliz
no tiene gracia
ya que, vivir, se vive a diario
y la muerte tócanos de balde;

¿podiera suceder
encontrarle infraganti
mortalmente sentado al ras
de su cabeza
pensando en el suicidio,
o en algo mucho peor:
seguir viviendo.

y ni siquiera

Y ni siquiera
puedes negarte a morir;
has nacido, y así
no hay más remedio
que terminar de algo:

fiebre, cárcel, dispepsia,
mal de vida,
que al final es lo mismo
(no lo dudes).

Tú cavilas en esto muy despacio
y mientras más lo piensas, más
padece tu condición mortal
y más sufres de tí
y de tu muerte.
[Como si fuera poco
haber nacido!

sólo lluvia

Llegas hasta mi aire y tocas
la memoria de lo nuestro, amigo,
las manos profundas con que el tiempo
consagró tu espera y mi esperanza.

Tocas la hierba alrededor
de nuestros nombres y
se despierta la lluvia
y pasa la noche preguntando si estamos,
si somos nosotros siempre...

De la mano salimos al recuerdo
y nos sentamos junto a aquellos días
cuando ya teníamos la costumbre
de la tarde, del mar muriendo a cada instante
y renaciendo en nuestras bocas.

Allí donde los árboles eran más puros,
donde el silencio mecía las ventanas
para siempre.

O tal vez cuando la lluvia
nos cercaba,
cuando la lluvia crecía dulcemente
y era una manera de quedarnos
con la noche auestas,
a la orilla de todo,
al borde de tu pipa y mis silencios,
junto a tus manos modeladoras,
grávidas como un vientre
prodigioso...

Y ahora, ciertamente, amigo,
desandamos la lluvia
y a la puerta
esperamos por si pasa la noche.

despierto

Diariamente crezco.
Desde mi ventana crezco
con el niño de enfrente.

Me acomodo en él,
le hago de mi vida,
ruedo por su infancia
confundiendo un grillo
con una margarita.

A veces soy el grillo
y entonces canto, canto, canto...

al cabo

Por último
me he quedado sin Cruz,
sin Brahma, sin Buda
y sin Oráculo.

Voyme a pie, ligerísima,
huera de dogmas,
ventilada la deuda aristotélica,
gusano en abstracto,
dios de mi propio templo,
hermana de mis hijos,
Infinita por fin, al fin principio.

Recién
pesa toda mi eternidad...

aún no fuera tarde

Sin saber desde cuándo
miro postrera cómo esto va para acabarse.

Me aferro a mí misma
porque de pronto téngome fe
y comprendo
que no podría abandonarme.

He terminado ya de sollozar y arreglo
mis dosis de bromuro,
doyme tiempo escribiendo,
tapo y destapo
mis creencias
por si estuviera bien mirarles dentro
y aún no fuera tarde.

de siempre

Cómo, madre, rumio tus cabellos,
cómo me goteas por la frente
cuando quedo al vacío de tí,
abolida de mis gentes,
de mis breñas.

O también cuando me oprimes
a tus linderos,
otra vez en cobijo,
de ayer, de siempre, madre.

Bajo y me instalo ínfima
a tus pies,
hablo de aquellos días
implícitos en mi alma,
por si no fueran más.

Pero todo inútil,
como un grito que se arroja
en la noche...

Venezuela unánime

A lo lejos te levantas, creces al Norte
de mi sangre,
allí donde la noche se amanece
esperándome.

Puede ser que yo imagine, puede ser
que no necesites de mí
para alzar tu sollozo.

Pero hasta aquí sube tu vientre
acongojado
y enloquece no saber
dónde empieza tu lloro
ni cómo te socava.

Y tampoco poder iluminarte,
ni centrar tu meridiano,
ni establecer tu cuerpo
hermosamente sin sangre y sin blasfemia.

Sólo aullarte, gemirte, padecerte,
gruñir y barbotar tu inocencia
patria lejana y mía.

Te escribo
desde lejos, te peino, te medito,
te esculpo labriegos y colinas,
te sufro inagotable.

Es para sufrir
que destapo tu duelo,
para poner al día mi conciencia.

Jadeo en tus prisiones,
pongo el oído a tu dolor,
rezo y tiemblo.
Porque no puedo morirme
rezo y tiemblo,
porque no puedo despeñar un trueno.

Pero tengo mi angustia
y puedo
soliviantar las cifras con mi lloro,
zumar desde mi cueva,
gruñir con versos y palomas...

Pienso en tu inocencia,
en la desnuda pureza del Avila
y quisiera
llorar de memoria tus calles,
tus piedras, tus cimientos,
tu cuerpo herido de mercaderes,
para que nada tuyo quedara de rodillas.

*llanto por los héroes anónimos
de la libertad*

"Mi patria está dondequiera se halle
amenazada la libertad".

Romain Rolland.

Alzo —mi cuerpo al viento—
las dos manos proféticas:
...Y todo será un llanto.

La noche cae a tiros,
se desploma a balazos.
La noche no quiere amanecer
para no contar los muertos,
para no destapar
la sangre de los hombres
la noche se agiganta sobrehumana,
dice que nó a las piedras,
a los montes...

Porque caen los hombres,
caen llorando desde
su libertad,
desde sus pechos ametrallados caen,
caen horriblemente muertos
al lado de su pólvora angustiada,
caen desde lo alto
de sí mismos,
sin manos, sin rodillas,
sin cara donde apoyar
la queja.

Pero caen con sus talones libres,
con su protesta andándoles
afuera de la boca,
caen de amor,
de libertad,
pues que de tanta libertad
quedaron muertos.

Caen de soledad, de lucha,
de abandono,
caen a pesar de mi pecho
que no puede sostenerles
ni aun llorando,
caen junto al umbral de mi amor!

Acábanse infinitos
repartiendo mensajes de rebeldía,
muérense inmortales
para que tenga remedio
la esperanza,
expresión la dignidad del hombre,
el hombre salvación.
Muérense sin otra cosa
qué hacer, SACRIFICADOS...

... Venid mujeres, niños,
novias de trenza azul,
ved cómo mueren de inenarrable
muerte los hombres a deshora.
Venid, os digo, y traed
vuestras manos con lágrimas póstumas,
¡que la Muerte está barriendo el horizonte!
¡que la Muerte está barriendo el horizonte!
llorad mujeres,
¡que la Muerte está barriendo el horizonte!
¡de Hungría a Egipto está la Muerte andando!
lloremos,
¡que está la Muerte de Egipto
a Hungría matando las banderas,
erigiendo, a pura traición, héroes anónimos,
matando, de Hungría a Egipto,
toda esperanza...

Vengan todos a ver
—que no es de ahora—
cómo en Inglaterra
tiene historia el atropello,
la rapiña tiene historia,
la agresión tiene historia,
¡tiene Albión las manos largas de sangre...!
Llorad niños,

que se fué Albión a la guerra:

do re mi do re fa
no sé cuándo vendrá
no se cuándo vendrá.

Niños de mi esperanza,
¡que están matando en Port Said
a las mujeres,
que en Port Said mueren los niños
sin abrir la palabra!

qué dolor, qué dolor, qué pena,
do re mi do re fa...

¡Cae Hungría, señores, cae Hungría!
¡Cae desde mi pecho en llamas!
¡Que está el Oso en Hungría
escarbando!
¡Que está cerrando de un zarpazo
el horizonte!
¡Que hay que gritar desde los tuétanos!
¡Que hay que inaugurar un grito
y atornillarlo al aire!
¡Que está cayendo Hungría Kyrie eleison!
¡Que está cayendo Hungría Kyrie eleison!
¡QUE HUNGRIA ESTA CLAMANDO...!

Lima, Nov. 5-56.

MOTIVOS DE LA SANGRE

(1950-52)

I

(a mi padre)

Submarina visión dejó en tus ojos
su tinte trasuntado de infinito,
velámenes de azul en que medito,
latitudes de algas en tus ojos.

Crecían en tu mirada los antojos
de líquenes y nácares. Me agito
—mástil en bruma, sofocado grito—
por las dormidas aguas de tus ojos.

...Y ahora que tus ojos sumergidos
en mares de cipreses y violetas
sueñan veleros y aves del olvido,

cruza en mis pulsos un salobre aliento
de peces y de lágrimas discretas
por las playas sin nombre del lamento.

II

(a Armida, mi hija)

Tú, mi impúber jazmín desprevenido.
Tú, tallo de mi luz en el tormento.
Tú, rocío y aroma y movimiento
en la expresión menuda del latido.

Tú, blando lirio de sol. Contenido
del vaso de mi sangre y mi lamento.
Horizonte de nardos en intento
de alzarse bajo el cielo amanecido.

Lámpara del celaje y de la rosa,
mensaje de la aurora y mariposa
detenida en el cauce de mis sueños.

Tú, espiga. Tú, campana. Tú, lucero.
Tú, columna de luz en la que espero
levantar el fanal de mis empeños.

III

(al hijo no nacido)

Fué un instante fugaz de alegoría.
Un transitorio sueño de ternura.
Un rumor asombrado de blancura.
Un ocaso de sol en mi alegría.

Un arcángel de luz y melodía
—trasunto de mi sangre y mi ventura—
efímera memoria de dulzura,
eternidad de cielo en breve día.

Fué tan breve, tan leve, tan de brisa,
tan menudo su paso que estoy dando
el Universo entero por su risa.

Alado, tan de ala su destino,
que permanentemente voy llorando
su breve amanecer en mi camino.

mi dolor está ungido de universo

Yo, la que anhela un cielo en la garganta,
yo, la secreta, la imposible risa,
dominando mi pulso que adelanta
el ritmo de las horas con su prisa.

La que entierra sus sueños y levanta
sobre sus sueños una cruz de brisa,
la irremediable, la que canta y canta
y en su canto de hierbas se eterniza.

Miradme bien que vengo herida de astros.
Traigo el secreto de una voz antigua
e impasibles memorias de alabastros.

¡Mi dolor está ungido de universos!
ay imposible en vida tan exigua,
daros la eternidad con estos versos...

monólogo

Esta es la hora en que muero diariamente.
Aquí estoy de rodillas,
con la voz rota
al pie de mi silencio.
Puede venir todo el dolor del mundo
a mordirme en las sienes.
Esta es la hora en que mi alma
enfila su ejército de penas,
la hora inmensa que me crucifica,
que me deja amapolas en los huesos.

Yo no tengo otra forma de morirme
ni otra hora desangrada y tensa.
Aquí me estoy muriendo de destino,
¡qué sé! de transparencia,
de cosa insólita que rasga
con sus nardos el pecho
y se hace luz y luto y polvareda
negro turbión y renovado aliento,
innundando mis calles interiores
con el alto gemir de su presencia.

...Entonces me invade un ángel,
desciende por mi sangre
a la más pura teoría de mi esencia:
pasan rosas... cenizas... siete heridas
me dan su asombro denso,
pasan abismos y lunas...
¡el ángel gime en mis huesos!

Ay que me estoy muriendo y nadie sabe.
Ay que vienen las zarpas en el viento.
Ay que llega mi hora taciturna...

podría

Yo podría aceptar tu dulcedumbre,
tu anclada paz de terciopelos lentos,
el gris minuto fiel y cotidiano,
el ángel apacible de tu cielo.

Yo podría aceptar tu amor que tiene
corderos desvelados y solemnes,
el mullido camino de tus sauces,
la ovillada canción de tus inviernos.

(... Yo, que tengo un manojo de rosas en las venas,
que en la noche acaudillo planetas y luciérnagas,
que pudiera morirme de tempestad, de lumbre,
que amanezco con breves jazmines en el pelo...

Yo, que siento en la sangre mi dulce bestia echada
rumiando sus abismos y pastando amapolas;
que poseo la lumbre sin importarme nada
renunciarla, aunque sepa que en mis manos se empoza.

Que padezco la dulce pesadumbre del verso,
que arrastro mis violines bajo la noche errante,
y que es mi alma un himno gozoso y perfumado
con orgullo de torre y majestad de mármol.

Que adoro el horizonte y los lejanos cielos,
que sólo el imposible me acucia con luz densa
sin inmutarme el filo de sus probables duelos...

Que tengo mis silencios oscuros y malignos,
que aún lloro por el ave que se murió en mis manos,
¡que tiemblo por la espina que pudiera dejarte!
que voy al mar y traigo su inmensidad conmigo.

Que a veces soy voluble, contradictoria a veces,
que me gustan las uvas, las algas y las rosas,
y bien pudiera ser que me vieran llorando
bajo el lucero triste que en la tarde florece.

Que voy sin preocuparme de la sangre en mis huellas,
que me dejo en las ramas mis cantos olvidados
como quien se dejara el corazón temblando
sobre el gélido banco de una plaza cualquiera...)

...Yo podría aceptar tus suaves linos,
tus murallas que vedan los ponientes,
tu lluvia de jacintos, sí... podría...
¡y morirme a tu lado diariamente!

*Los poemas "Al Cabo" y "Después
será el Viento", se dedican a
Jorge Torres Ugarriza y Armando
Pozzuoli, respectivamente.*

Se terminó de imprimir el 28 de
Diciembre de 1956, en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva, S. A.
Lampa 277 - Lima, Perú